

La URSS, el Tercer Mundo y los conflictos regionales. Nuevos enfoques de la política exterior soviética hacia el Tercer Mundo antes y después de Afganistán

Irina ZORINA*

El tema final de nuestro seminario es de tal amplitud multifacética que merece que se le dedique todo un debate a cargo de los politólogos soviéticos, occidentales y, por supuesto, de los del Tercer Mundo. Pero, hasta ahora, los problemas de los países periféricos han permanecido en la periferia de nuestros intereses académicos y políticos. Aunque está claro que la concepción de un mundo unido e interdependiente seguirá siendo muy precaria si a este concepto no se incorpora el Tercer Mundo, tan complejo y plétórico de enormes conflictos potenciales.

Como suele decirse, el que mucho abarca poco aprieta. Por eso trataré tan sólo dos aspectos de este tema.

Primero, la desideologización de nuestra política hacia el Tercer Mundo es la superación de la vieja idea de una confrontación general con el mundo occidental y de la aceptación de que los problemas más agudos del Tercer Mundo son también problemas globales de la humanidad. Estamos superando viejos dogmas y estereotipos, como la idea de vencer al imperialismo fomentando el socia-

* Irina Zorina es doctora en Ciencias Políticas e investigadora del Instituto de Economía Mundial y Relaciones Internacionales (IMEMO) de Moscú. Este texto fue presentado como ponencia en el seminario «Perestroika y política exterior soviética», organizado por la Fundación Pablo Iglesias, la Fundación F. Ebert, el Institut d'Humanitats de Barcelona y CIDOB, celebrado en Madrid en noviembre de 1989.

lismo en los países en desarrollo. Poco a poco estamos dejando de considerar a los movimientos de liberación nacional como parte del proceso revolucionario mundial. Estamos abandonando todos los viejos esquemas del «desarrollo no capitalista» y de la «orientación socialista» en los países en desarrollo.

Segundo, el nuevo enfoque dado a los conflictos internacionales. Vamos rechazando la idea de utilizar los conflictos regionales para desestabilizar y socavar las posiciones de Occidente. Tratamos de buscar una solución política —no militar— a estos conflictos y, conjuntamente con los EEUU, países occidentales y los propios participantes en los conflictos, elaborar un mecanismo que permita resolver y prevenir nuevos conflictos en el Tercer Mundo, puesto que tales conflictos amenazan con socavar no sólo el proceso de estabilización actual en el mundo, sino también la normalización de nuestras relaciones con los países occidentales.

Pero permítanme una breve digresión histórica que nos ayude a comprender algunos virajes en la política soviética en el Tercer Mundo.

A mi entender, hemos realizado tres intentos de «perestroika», no sólo de nuestra política interna sino también de la externa. Tres intentos de alejarnos de esquemas utópicos, en virtud de los cuales tratábamos de construir un socialismo, basándonos en la tan ansiada revolución mundial.

El primer intento, más táctico que estratégico, lo puso en práctica Lenin en los años difíciles de la transición del país del «comunismo de guerra» a la paz civil y a la política de la NEP. Ya entonces, Chicherin, comisario de asuntos exteriores de la Rusia soviética, elaboró junto con Lenin un programa de la llamada «reconstrucción» de la política externa. A pesar de no percibir ayuda de los movimientos revolucionarios occidentales, los bolcheviques seguían manteniendo el poder en espera de que al fin llegase esa revolución mundial, por mucho que se retrasara. En esa espera dirigieron sus miradas hacia el Este, en la confianza de que hiciera su aparición un más rápido ascenso del movimiento de liberación nacional, en el cual cifraban sus anhelos de encontrar un aliado natural del socialismo. Y estas esperanzas quedaron justificadas parcialmente.

El segundo intento fue llevado a cabo durante la época de Jrushov, cuando se rechazó el uso de la fuerza de la «confrontación histórica» y cuando se empezó a desarrollar la idea de la «vía pacífica al socialismo». Pero todo esto fue realizado dentro del marco del «viejo pensamiento», entendiendo la coexistencia pacífica como una forma de lucha de clases y aceptando lo inexorable de la lucha contra el capitalismo. Justamente por eso, de labios de nuestro impulsivo líder Jrushov se escuchaban de vez en cuando amenazas de que íbamos a «sepultar al capitalismo».

La tercera perestroika, ya con Gorbachov, puede ser considerada como un viraje estratégico y no táctico. Porque la perestroika de Gorbachov está basada en la aceptación de la prioridad de los valores universales y de la necesidad para la URSS de integrarse en la economía mundial y en la comunidad internacional para superar el callejón sin salida de un modelo socialista utópico y emprender la senda de la civilización mundial.

Como es sabido, la perestroika ha avanzado mucho más en la política exterior que en la doméstica, aunque también en la arena internacional la Declaración de principios del nuevo pensamiento no siempre va acompañada por la práctica. Y, sin embargo, nuestra orientación de ampliar nuestras relaciones con Occidente y de rechazo de la confrontación en el seno del Tercer Mundo es una orientación clara y, al parecer, irreversible.

Afganistán fue la prueba más importante de la nueva orientación internacional de Gorbachov. En la actualidad, ya está asumido en la URSS que la invasión por las tropas soviéticas de este país, tradicionalmente amigo de la URSS, fue no solamente un grave error político sino que se convirtió en un auténtico crimen contra los pueblos de ambos países. La guerra en Afganistán fue la consecuencia del pernicioso «síndrome de poder» que afectó al liderazgo de Breznev después de haber aplastado con los tanques en Praga el intento de democratización del socialismo en 1968.

En los años 70, el liderazgo soviético realizó una política de ampliación de su presencia militar en el Tercer Mundo y de prestar ayuda militar a aquellos regímenes y levantamientos que proclamaban una orientación socialista.

Al mismo tiempo, Cuba fue aumentando su presencia política y militar en América Central, en el Caribe y en África.

No es una casualidad que el fortalecimiento del rol del ejército y de la ayuda militar en la política exterior soviética, durante los años de estancamiento interno y de la expansión externa, encontraran una justificación teórica en trabajos de la mayoría de filósofos e historiadores militares. Por ejemplo, en el libro titulado *La guerra y el ejército* (Ed. Militar, Moscú 1977, pp. 354-355), publicado bajo la redacción de Volkogonov, ahora conocido como uno de los líderes de la perestroika (y asimismo autor de otro libro titulado *Triunfo y derrota de Stalin*), se decía abiertamente lo siguiente: «La función exterior del ejército soviético es brindar ayuda a los países aliados y a los movimientos de liberación nacional.»

Es obvia la semejanza con los postulados de Trotsky, primer comisario soviético del ejército, quien consideraba que la función exterior del Ejército Rojo era asegurar la victoria de la revolución mundial. Vale la pena recordar, por lo menos, su propuesta del año 1919 ante el Comité Central del Partido de organizar una expedición militar atravesando Afganistán para llegar a la India británica y así «acelerar» la revolución en Europa.

De esta manera, en pleno auge de la doctrina Breznev, la idea de una nueva correlación de fuerzas a favor del socialismo se convirtió en justificación de ambiciones geopolíticas y, por qué no, de ambiciones de imperio. Parece que la preocupación principal de los burócratas del aparato era no la de elaborar una política realista frente a un Tercer Mundo tan complejo y multifacético, sino buscar cómo dilatar la lista de países de la llamada orientación socialista, para mostrar ante cada nuevo Congreso del Partido ilusorios «éxitos» del socialismo mundial. Dado que se mantenía la atmósfera de confrontación con Occidente, y concretamente con EEUU, se mantenían todo tipo de movimientos autoproclamados antiimperialistas. Y cualquier conflicto regional era utilizado por la parte soviética para cambiar el balance de intereses en perjuicio de los EEUU. De igual manera actuaba la administración norteamericana, activando a fines de los años setenta y comienzos de los ochenta su política de contención contra el comunismo en el Tercer Mundo.

EEUU también se involucraba en muchos conflictos regionales con el fin de extender su presencia política y militar. Y los muchos intentos de «medir fuerzas» entre las dos «superpotencias» y los choques provocados tanto por el aventurismo de la parte soviética como por las provocaciones de los norteamericanos, tuvieron como resultado situaciones de crisis muy difíciles y un alto grado de tensión internacional (crisis de los misiles en 1962, guerra en Angola, Yemen del Sur, agudización de la crisis centroamericana, etc.).

Y, ¿cuántos errores no se han cometido al sobreestimar otros movimientos

revolucionarios? Recordemos, por ejemplo, cuántas alabanzas cantó la prensa soviética en 1975 a los triunfos de los Jemeres Rojos en Campuchea. Y, ¿qué resultado de todo ello?: un experimento de «socialismo de cuartel», casi químicamente puro y que condujo al genocidio de toda una nación. Y ¡cómo se alegraron algunos politólogos soviéticos con el triunfo de la llamada «revolución antiimperialista» en Irán, presentando al Ayatollah Jomeini casi como ejemplar revolucionario islámico!

Y ¿por qué con tanta ligereza Breznev y comparsa tomaron la decisión de apoyar militarmente la llamada revolución de abril de Afganistán, que en realidad no era más que un «coup d'Etat» de jóvenes oficiales que a fin de cuentas no contaban con el apoyo de su propio pueblo ni de la comunidad internacional?

Hay que denunciar que todas esas decisiones se tomaban muy en secreto, sin ninguna participación del propio partido ni, por supuesto, de la opinión pública.

En nuestros días se están elaborando nuevos enfoques en la política externa de la URSS respecto al Tercer Mundo, y precisamente sobre los conflictos regionales que están vinculados a la perestroika interna de nuestro país. La democratización, la toma de decisiones más abierta, con la participación y tal vez el control en un futuro del nuevo Parlamento y del Congreso de Diputados ya está protagonizando nuevos nortes en la diplomacia soviética.

Eduardo Shevornadze es partidario del control parlamentario en la toma de decisiones para evitar en el futuro que se repitan —como en el caso de Afganistán— la toma de decisiones en secreto, y a espaldas de la opinión pública y que puedan provocar grandes daños al país y al pueblo.

Y aquí entramos de lleno a analizar nuestro segundo tema en torno a los conflictos regionales.

El Tercer Mundo probablemente seguirá siendo en el siglo XXI una zona de riesgos, manteniendo el dudoso privilegio de monopolizar guerras y crisis sociales y militares más agudas. Recordemos que justamente aquí, después de la Segunda Guerra Mundial, en los conflictos locales murieron más de 17 millones de personas.

Ya nadie se acuerda de la famosa frase de Reagan de que si no existiera la URSS como imperio del mal no habría en el mundo los «Hot Spots». Está claro que los motivos de la mayoría de los conflictos son más internos que externos.

El Tercer Mundo, con la pobreza y desesperanza de tantos grupos sociales marginales y tantas naciones marginadas, va a seguir siendo «tierra fértil» para aquellos conflictos que seguramente cruzarán las fronteras nacionales. Tampoco a nadie se le oculta que la revolución tecnológica aumentará aún más la desigualdad entre las diferentes naciones y que seguirán los conflictos territoriales y fronterizos.

Es de suponer que la democratización disminuya la posibilidad de que surjan nuevos regímenes autoritarios tan peligrosos en la esfera internacional ya que actúan de manera impensable y con consecuencias peligrosas. Pero no podemos asegurar que la situación política en el Tercer Mundo asegure un porvenir.

Suponemos que, a medida que van mejorando las relaciones soviético-americanas, en ambas partes se fortalecerá un nuevo realismo hacia los conflictos regionales. Ya tenemos algunos resultados positivos. Conflictos más prolongados como los de Afganistán y África del Sur ya están prácticamente resueltos y otros, como el de Campuchea, están muy cerca de superarse. El proceso de democratización de Nicaragua parece abrir buenas perspectivas para la solución

pacífica por vía política de uno de los más complejos conflictos de Centroamérica. Aunque no hay que dejarse llevar por una anticipada euforia ilimitada. Porque la herencia de 40 años de lucha ideológica y militar entre las dos potencias tiene raíces profundas. Por otro lado, los gobernantes de Occidente no están totalmente convencidos de que la perestroika signifique el final de esta contienda. A pesar de todo, tanto los países occidentales como los socialistas están de acuerdo en que esa contienda fue infructuosa para ambas partes. Y quizá el precio pagado por nosotros fuera el más alto.

A continuación me referiré más intensamente a la postura soviética frente al conflicto centroamericano. En nuestra opinión, existen serios factores propensos no solamente a reducir el nivel de confrontación Este-Oeste en esta región del mundo, sino a dar solución por vía política a la disminución paulatina y, en el futuro, a la liquidación completa de la presencia militar soviética y también norteamericana en esta zona. Es decir, lograr la desmilitarización de toda Centroamérica.

¿Cuáles son estos factores? En primer lugar, la nueva orientación del Gobierno sandinista aparentemente está dispuesta a cumplir los convenios guatemaltecos tanto como los de Tela, a realizar las elecciones democráticas bajo control internacional y a promover la liberalización y democratización del país. Claro que este proceso no está del todo garantizado ni puede afirmarse que sea irreversible, lo mismo que no está garantizada totalmente la alternativa democrático-liberal en la propia perestroika de la URSS. Al permitir la libertad de acción a la oposición el liderazgo sandinista se encontró ante una nueva situación inesperada. Los sandinistas están seguros, por lo menos así lo manifiestan, de que van a ganar las elecciones, pero no se puede excluir la posibilidad de un triunfo de la oposición con la ayuda de los norteamericanos. La postura de los sandinistas de suspender unilateral y transitoriamente el acuerdo de cese el fuego, basándose en las provocaciones realizadas por la contra en sus fronteras es considerada por la oposición, tanto como por algunos gobiernos latinoamericanos, como síntoma de que los sandinistas no están dispuestos a renunciar completamente a la práctica militar en la solución de los conflictos bélicos. Tampoco se puede excluir que nuevas provocaciones de la contra, completamente desinteresada en las elecciones, den lugar a situaciones que obliguen al Gobierno sandinista a declarar el estado de emergencia, entorpeciendo con ello la libre realización de las elecciones democráticas.

El segundo factor sería la decisión de la administración Bush de reducir la presión de fuerzas contra Nicaragua en el caso de que estén garantizadas unas elecciones democráticas completamente libres y el consiguiente proceso democrático. Parece ser que los sandinistas estarían de acuerdo en admitir el triunfo parlamentario de la oposición, conservando el poderío del ejército y de la seguridad.

En tercer lugar, a pesar de los últimos sucesos sangrientos en El Salvador, considero que el Gobierno salvadoreño —por muy de derechas que sea— y los líderes de la guerrilla —por muy extremistas que sean— comprenden al fin y a la postre que la guerra civil, que ya dura diez años, ha caído en un callejón sin salida. El terror de ambas partes, basado en su propia lógica, apunta a la destrucción del país.

En cuarto lugar, el Gobierno de la Unión Soviética ya mostró su disposición de reducir y suspender la ayuda militar a Nicaragua y presionar a Cuba para que, a su vez, reduzca el envío de armas a Nicaragua y El Salvador. Naturalmente,

te, con la condición de que EEUU suspenda la ayuda militar a Honduras y a otros aliados suyos de Centroamérica. La Unión Soviética quiere desmilitarizar completamente la zona centroamericana y está dispuesta a aceptar no importa qué resultados en las elecciones, sin intervenir en sus asuntos internos, pero conservando su ayuda económica y política, cooperando para que Nicaragua complete sus relaciones económicas y políticas con Europa, América Latina y otros países del mundo. Se sobreentiende que la URSS quiere ampliar sus relaciones diplomáticas, políticas y económicas con todos los países de América Latina.

Quinto factor: en mi opinión, ha llegado el momento de revisar algunos aspectos de las relaciones de la Unión Soviética con Cuba a nivel económico, político y militar. Quizá sepan ustedes que en el Parlamento soviético ya se han alzado voces refiriéndose a nuestra ayuda a Cuba. Según algunos cálculos, en los últimos años hemos concedido a Cuba cien mil millones de dólares. Ha llegado el momento en que las tareas de la perestroika nos exigen mantener relaciones económicas con otros países, basadas en el mutuo beneficio y no en intereses puramente ideológicos y políticos. No se puede ignorar que existen serias incomprensiones entre nuestra perestroika y la llamada «rectificación» cubana. Sin que esto signifique inmiscuirme en los asuntos internos de Cuba, sería de desear que los acelerados procesos de democratización en los países socialistas del Este de Europa no se hagan esperar en Cuba.

La Unión Soviética apoya la iniciativa del Grupo de los Ocho para restablecer a Cuba en la OEA (Organización de Estados Americanos), permitiéndole reanudar sus relaciones económicas con todo el continente latinoamericano. También hacemos hincapié en que los EEUU cesen el bloqueo de Cuba y den pasos para restablecer relaciones normales con ese país.

A modo de conclusión, apoyamos la solución latinoamericana que apunta la Convención de Guatemala, el Plan Arias y los procesos de democratización y desmilitarización de toda la zona porque, en nuestra opinión, todos los conflictos regionales deben ser abordados desde un punto de vista local pero mentalizados desde un punto de vista global.